elefante. Fabricio se volvió y sonriendo dijo á Pirro : « Ni tu oro de ayer ni tu animal de hoy me han quebrantado. »

El médico de Pirro escribió una carta à Fabricio ofreciéndole envenenar al rey por una recompensa; pero Fabricio envió la carta á Pirro, que mandó ahorcar al médico, y agradecido á la generosidad del general romano soltó à los prisioneros sin rescate. Fabricio no quiso aceptarlos gratuítamente y envió á Pirro un número igual de sus soldados. « No he revelado vo la conjuración por hacer favor al rey, dijo Fabricio, sino para probar que los romanos no se desembarazan de sus enemigos por la astucia, como si les fuese imposible vencerlos con más nobles armas. »

16. Organización de los países conquistados. — Roma no sólo sabía extender sus conquistas, sino que sabía también organizarlas.

Surcaban la Italia caminos militares, magnificas vias romanas; habia fortalezas que guardaban los pasos, y se formaban colonias de ciudadanos romanos en medio de los paises conquistados, para vigilarlos. Distribuían los privilegios en razón á la obediencia, y Roma hacia desear á sus nuevos súbditos el titulo de ciudadano romano que contenia todos los derechos y que era envidiado por todo el mundo. Así reinaba sobre pueblos envidiosos unos de otros y que sólo anhelaban una cosa, ser admitidos en la patria romana.

Resumen. — 1-8. Roma debió sus conquistas à su organización militar, à la fuerza de sus legiones y à la disciplina de sus soldados.

Avanzó con prudencia calculada. Más de un siglo después del establecimiento de la república, luchaba todavia contra las poblaciones circunvecinas (ecuos, volscos y etruscos). Hasta el año 595 no tomó la ciudad etrusca de Veyes, que estaba casi á sus puertas. En 390 Roma fué tomada é incendiada por los galos.

9-12. Habiéndose reanimado emprende la sumisión de los samnitas, contra los que sostiene, de 343 à 290, tres guerras largas y encarnizazadas. Los romanos triunfan por fin de los samnitas, así como también de los umbrios, los galos y los etruscos, que en vano se reunen. Desde aquel dia dominan los romanos el centro de Italia.

43-46. Después conquistan el sur de Italia, poblado de colonias griegas, no obstante los socorros que los griegos reciben de Pirro, rey de Epiro (280-272). Roma pudo considerarse entonces dueña de la peninsula.

Ejercicios. — Historia de Coriolano. — Historia de Cincinato. — Servicios de Camilo, - Las Horcas Caudinas. - Historia de Pirro.

Cuestionario. — 1-8. A qué debió Roma sus triunfos? — $\frac{1}{2}$ Qué era la legión? — $\frac{1}{6}$ Cuáles fueron las principales adquisiciones de Roma? — $\frac{1}{6}$ Cuándo se estableció el estipendio militar? — $\frac{1}{6}$ Qué $\frac{1}{6}$ Toff. $\frac{1}{6}$ Quién acudió en socorro de invasión estuvo para causar la destruc- las colonias griegas? - ¿ En dónde ven-

myasion estuvo para calisar la destruc-ción de Roma?— ¿Quién salvó el Capi-tolio?— ¿Qué declaraban en Roma al acercarse los galos?

las comias gragos — ¿Qué momano se illustró en aquella guerra por su grandeza de al-ma?— ¿Qué fire de Pirro?— ¿Cómo or-9-12. ¿ Qué se entiende por las Hor- ganizaba Roma los países conquistados?

CAPÍTULO XVI

ROMA Y CARTAGO - GUERRAS PÚNICAS

1. Guerras púnicas. — Dueña de Italia, Roma se vió en el caso de extender á lo lejos su dominación, y en estos nuevos planes tropezó desde luego con la gran república de Cartago. Fué una lucha memorable que duró de 264 à 146 antes de Jesucristo y que la historia designa con el nombre de querras púnicas, porque los romanos llamaban Pæni à los

2. Cartago. - Cartago era una colonia de Tiro, fundada hacia el año 880 por Dido que había abandonado la ciudad de Tiro para librarse de la tirania de su hermano Pignalión.

Cuando arribó á las costas de África, pidió á los bárbaros que le diesen una tierra no más grande que la que pudiera cubrir la piel de un buey y se la concedieron. Dido mandó cortar la piel de un buey en correas largas y estrechas, y midiendo con ellas el suelo se atribuyó muchísimo más de lo que debía recibir. Los firios construyeron en aquel sitio una ciudad que no tardó en ser rival de Tiro y que reinó muy luego en toda la costa de África.

Los cartagineses aprovecharon la decadencia de Tiro sometida à los persas y destruída por Alejandro; ocuparon una parte de las islas del Mediterraneo, sobre todo de la Sicilia, se establecieron en las costas de España, atravesaron las columnas de Hércules y enviaron sus naves hasta la Gran Bretaña por una parte, y por otra hasta las islas Afortunadas (las Canarias). Cartago, opulenta ciudad, fué la reina del comercio en Occidente.

3. Las fuerzas de Roma y de Cartago. — Cartago era una república, como Roma. Dos magistrados, suffetas, elegidos con carácter vitalicio, ejercian el poder con la intervención de un senado reclutado entre los ciudadanos más ricos. El pueblo, pobre, que vivia al día, se hallaba bajo la férula de la aristocracia.

La aristocracia se dividia en partidos, en facciones, entre las cuales descollaban dos, la que mandaba la familia de los *Hannón* y la que dirigia la familia de los *Barcas*.

Como los cartagineses no buscaban conquistas sino para su comercio, sólo pensaban en *explotar* los países sometidos y se hacian aborrecibles. Por desconfianza habian obligado á todas las ciudades de África á destruir sus murallas.

Los cartagineses que sólo se ocupaban en cosas de tráfico, no eran soldados y pagaban *mercenarios* para hacer la guerra. Realmente sólo tenian fuerza en el mar, gracias á sus nu-

merosas flotas.

Cartago parecia al abrigo de todo ataque, puesto que los romanos carecian de naves; pero en cambio poseian otros muchos elementos de fuerza y de superioridad.

En Roma se había consumado la *unión* entre los dos órdenes, y desde 502 no había más que ciudadanos celosos todos de la común gloria de su ciudad.

Su imperio era menos vasto, pero más compacto y con más firme asiento.

Los romanos que componian exclusivamente las legiones combatian y morian por su país.

Cartago tenia riquezas, ventajas materiales. Roma tenia sobre todo fuerzas morales que ningún enemigo podia arrebatar ni mermar.

4. Primera guerra púnica (264-241). — Empeñóse la guerra entre las dos repúblicas con motivo de la *Sicilia*, que los romanos disputaron á los cartagineses.

Muy luego comprendieron los romanos que no podrían luchar con aquel enemigo hasta que se hicieran con una flota. Una galera cartaginesa que encalló en la costa les sirvió de modelo, y muy luego veinte galeras como aquella surcaron las aguas del Mediterráneo. Poco acostumbrados á combatir sobre aquel movible elemento, los romanos corrían peligro de ser derrotados; y para que no fuera así el cónsul *Duilio* mandó añadir á los bajeles unos puentes que arrojados sobre las naves enemigas, debían asirlas con garfios de hierro y facilitar el abordaje, de cuya manera combatirian los legionarios casi con tanta solidez como en tierra firme. Gracias á los puentes y á los garfios, que llamaron cuervos, el primer encuentro,



Bajel romano.

cerca de *Mila* (costa norte de Sicilia), fué la primera victoria (260). Otro triunfo, cerca de *Ecnome* (256), abrió á los romanos el camino de África.

5. Historia de Régulo. — El cónsul Régulo plantó sus tiendas osadamente à dos leguas de Cartago. Los cartagineses quisieron negociar; pero no fué posible por la dureza de las condiciones que impuso Régulo.

Entonces los cartagineses pusieron al frente de sus tropas al general griego Xantipo, el Lacedemonio, entendido jefe que derroto al ejército sobrado confiado de Régulo, y el mismo consul cavo en

Cinco años estuvo cautivo; pero entretanto Cartago sufrió varios reveses. El senado cartaginés envió à Régulo à Roma con embajadores, á fin de que aconsejara tratos á sus compatriotas y se hiciera un canje de prisioneros. Régulo prometió volver à Cartago si

su misión en Roma fracasaba.

Llegado á las puertas de la ciudad, se negó á entrar en ella y hasta rechazó las caricias de su esposa é hijos, declarando que no era otra cosa sino un esclavo cartaginés. Mas en vez de aconsejar a los romanos las negociaciones, les disuadió de escucharlas, diciéndoles que harían muy mal, por libertarle á él, de entregar un crecido número de soldados cartagineses. En vano le apremiaron para que se quedase, pues se empeño en guardar fidelidad á la palabra dada y regresó a Cartago, donde le esperaba una muerte cruel. Dice una levenda, bastante sospechosa à la verdad, que le encerraron en un tonel erizado de puntas de hierro y le echaron a rodar de lo alto de un monte.

Régulo está considerado como el más ilustre modelo del hombre fiel à su palabra que se sacrifica al interés de su patria.

6. Conquista de la Sicilia por los romanos (241). — Prolongábase la guerra en Sicilia, donde Amilcar Barca, uno de los mejores generales cartagineses, tenia siempre en respeto á las legiones romanas. Pero una victoria naval, cerca de las islas Egatas (241), al norte de Sicilia, aseguró á los remanos el imperio del mar. Los cartagineses pidieron la paz y renunciaron à la Sicilia, que se hizo romana (241).

No tardaron mucho los romanos en sojuzgar también la Corcega y la Cerdeña, de cuyo modo se hicieron dueños de las principales islas del Mediterráneo. Además avanzaban por

el norte de Italia hasta la otra parte del Po.

7. Anibal. — Entretanto Cartago trataba de indemnizarse de sus pérdidas con la conquista de España, y muy luego aparece al frente de las armas cartaginesas un hombre que ha merecido la fama de verse colocado en primer término entre los capitanes de la antigüedad : Anibal.

8. Juventud de Anibal. - Anibal, hijo de Amilcar Barca, era de una familia militar y se habia educado en los campamentos.

Á los nueve años fué llevado á España por su hermano Amilcar, y éste, al ofrecer un sacrificio, le hizo jurar sobre el altar que seria siempre enemigo de los romanos. El niño juró, y el hombre cum-

plió su juramento.

À la muerte de Amilcar, Anibal sirvió bajo las órdenes de su cuñado Asdrúbal y se distinguió por su denuedo tanto como por su prudencia. Incansable de cuerpo y de ánimo, soportaba igualmente el calor y el frío, disponia sus comidas con arreglo a la necesidad, no al placer, y la vigilia y el sueño según los negocios, no porque fuera de noche ó de día. Veiasele á menudo tendido en el suelo con la vestidura de soldado, entre los centinelas y el cuerpo de guardia. En nada se diferenciaba su traje del de sus iguales, y sólo se le podia reconocer por sus armas y su caballo. Siendo á la vez el mejor de los jinetes y el mejor de los infantes, entraba el primero en el combate y era el último que se retiraba.

Tal era el jefe que aclamaron los soldados á la muerte de Asdrúbal y que à los veinte y cinco años apenas, ya se mostraba capaz

de mandar ejércitos.

- 9. Segunda guerra púnica (219-202). Mny luego Anibal provoca una nueva guerra contra Roma. Toma à Sagunto, ciudad aliada de los romanos, y la destruye (219). Seguidamente, después de haber confiado à su hermano Asdrubal el cuidado de mantener á España en la obediencia, pasa el Ebro, atraviesa los Pirineos con cincuenta mil hombres y cruza el mediodia de la Galia. Arroja dos puentes sobre el Ródano, uno para su infanteria y otro más sólido para su caballeria y sus elefantes, y luego entra en los Alpes, porque había resuelto llevar la guerra à Italia y vencer à los romanos en Roma.
- 10. El paso de los Alpes. El paso de los Alpes, montañas inexploradas aún, era la más osada empresa que pudiera intentarse entonces con un ejército organizado. Anibal no retrocedio ante ninguna dificultad, ante ningún peligro. Llevó á sus soldados, con los jinetes y los elefantes, por angostas gargantas, por caminos apenas trazados, entre poblaciones salvajes y hostiles. Obligado à combatir contra la naturaleza y los hombres, se eleva así de montaña en montaña por medio de nieves y de ventisqueros, hasta la cumbre de esa gran cordillera, desde donde los soldados pueden divisar à lo lejos las radiantes llanuras de Italia. Dicese que Anibal les señaló con el dedo la dirección de Roma.

Pero era preciso bajar, y los Alpes están casi á pico sobre los llanos italianos. Las dificultades fueron aún mayores que á la subida; la nieve hacía más peligrosos los senderos de las cuestas, y el hombre que se resbalaba caía en los precipicios. Hubo que abrir caminos para los elefantes y muchos de estos animales perecieron. Cuando al cabo de doce dias salió de los Alpes el ejército, estaba reducido á la mitad, jadeante, cubierto de harapos, casi parecido á los salvajes que había debido combatir en su penosa marcha.

11. Aníbal en Italia; sus victorias. — Los romanos se prometian vencer fácilmente á aquellas tropas rendidas de cansancio; pero Anibal alcanza una primera victoria á orillas del Tesino (218), atraviesa el Po, y triunfa nuevamente en las márgenes del Trebia. Ya es dueño de toda la alta Italia. Los galos acuden en tropel á reforzar su ejército.

Aníbal atraviesa el Apenino y los pantanos del Arno, donde padecieron mucho sus tropas y él perdió un ojo; luego encierra en un valle, cerca del lago Trasimeno, al ejército del orgulloso cónsul *Flaminio*, que había avanzado presuntuóso contra aquel temible adversario, y alli quedan destruidas casi enteramente las tropas romanas (217).

Anibal, aunque no se encontraba á cuarenta leguas de Roma, no se atrevió á encaminarse á la ciudad, prefirió ocupar desde luego las provincias, prolongó el Adriático y bajó hacia el sur en Apulia, describiendo un semicirculo en torno de su presa antes de arrojarse á devorarla.

Es verdad que Roma sabía mantenerle á cierta distancia. Las colonias y las ciudades italianas se mantenian fieles; el dictador Fabio evitaba las batallas y merecia el sobrenombre de Contemporizador; seguia todos los movimientos de Aníbal, interceptaba sus convoyes, le causaba incesantes molestias, pero sabía burlar sus fogosas embestidas.

No obstante, llegó un dia en que se cansaron los romanos de aquella táctica prudente que lastimaba su orgullo, y el sentimiento nacional muy excitado elevó al consulado al plebeyo *Terencio Varrón*, que clamaba en el Foro contra la cobardía de los nobles y predicaba la audacia. Terencio Varrón agravó el estado de la república, porque sufrió un espantoso desastre en Cannas (216).

12. Batalla de Cannas. — Terencio Varrón, de oficio carnicero, fué elevado al consulado con el patricio Pablo Emilio, quien quiso continuar el sistema de prudencia, mientras el otra queria el combate. Como mandaban el ejército por turno, Terencio aprovechó su día de mando para acercar el ejército romano al ejército cartaginés y empeñar la lucha. Nunca los cónsules habian tenido un ejército tan considerable, pues contaba 80 000 hombres, en tanto que Anibal no tenia más de 50 000.

Pero Terencio Varrón, precisamente por el temor que inspiraban los soldados de Anibal, forma sus tropas en filas compactas; Anibal lo nota, hace que se replieguen sus primeros soldados, atrae más y más à los romanos al centro de su ejército, y después, desplegando de repente las alas compuestas de hombres escogidos, envuelve à las legiones romanas. Desde aquel instante todo es desorden entre los romanos. El cónsul Pablo Emilio acude en medio de los suyos para sostenerlos y no quiere sobrevivir al desastre que no habia podido evitar. Apenas algunos miles de hombres logran escaparse con Varrón.

Guando éste llega á Roma, el senado, haciendo abstracción de sus rencores, le sale al encuentro y le felicita por no haber desesperado de la república. Ni aquel terrible golpe habia podido abatir la constancia de Roma, que consideraba no haber perdido nada mientras el honor quedaba salvo.

13. Anibal en el mediodía de Italia. — Cuéntase que en la noche de la victoria de Cannas un oficial decia à Anibal: « Si me dejas que me adelante con la caballería, dentro de cinco dias cenarás en el Capitolio. » Pero Anibal no era dueño de su ejército que pedia descanso, y fué à establecer sus cuarteles de invierno en la rica Campania, donde se enervaron sus soldados en las delicias de Capua.

Y entretanto no recibia refuerzos. Vanamente envió à Cartago un celemin de anillos de oro que había quitado à los caballeros romanos en el campo de batalla de Cannas, pues la facción rival encontró modo de desdeñar sus triunfos. « Si Anibal es vencedor, decia Hannón ¿para qué necesita refuerzos? Y si por el contrario, nos engaña, ¿merece que se los enviemos? »

Anibal, entregado à si mismo, permaneció, no obstante, en el mediodia de Italia. Corria de una ciudad à otra y solia amenazar à Roma. Los romanos habían vuelto à poner al frente de sus fuerzas à Fabio el Contemporizador, que llamaban también el escudo de Roma. Luego Marcelo, más activo, se mide à menudo con Anibal y merece el sobrenombre de Espada de Roma. Marcelo pasa à Sicilia, donde se habían re-

helado la mayor parte de las ciudades, y toma à Siracusa al cabo de un largo sitio (212).

14. Arquimedes. — Los siracusanos habían podido prolongar la resistencia contra los romanos gracias à los talentos de Arquimedes, sabio geómetra que descollaba en los cálculos y en el arte de construir máquinas. Arquimedes decía : « Dadme una palanca y un punto de apoyo y levantaré el mundo. » Gracias à unas máquinas hábilmente combinadas, arrojaba sobre los bajeles romanos que se acereaban al puerto unos garfios que los levantaban para dejarlos caer luego sobre las rocas; así como también había inaginado unos espejos que concentraban los rayos del sol y determinaban incendios en las embarcaciones romanas,

Sin embargo, los romanos penetraron en la ciudad por sorpresa. Arquimedes, absorto en sus cálculos, no lo babía notado y murió á manos de un soldado que no le conocia, antes de que Marcelo hubiera dado la orden de respetarle.

Se le atribuye la invención de una cóclea ó tornillo hueco que aun lleva el nombre de tornillo de Arquimedes. Cuéntase que hallándose un día en el baño se le ocurrió de repente la solución de un problema, y sin vestirse, salió corriendo y gritando por la ciudad: «¡Está encontrado!¡Está encontrado!»

45. Aníbal obligado à salir de Italia. — À medida que pasaban años, se debilitaban las fuerzas de Aníbal. En 207 tuvo un momento de esperanza. Su hermano Asdrúbal, que pasó à su vez por la Galia y los Alpes, le traía un ejército; pero desgraciadamente no pudo juntarse con el suyo, porque los romanos le detuvieron y le derrotaron à orillas del Metauro. El cônsul mandó que arrojaran la cabeza de Asdrúbal al campamento de Aníbal, quien supo así, por aquel sangriento testimonio, la llegada y la derrota de su hermano.

Y à pesar de todo, Anibal no queria salir de Italia. Cinco años se sostuvo en el pais, estrechado, acorralado en el Brucio, en la punta de la peninsula; pero he aqui que el general romano Escipión se traslada à África y ataca à la ciudad de Cartago (202); y entonces los cartagineses llaman à Anibal que, con lágrimas en los ojos y despedazado el corazón, abandona aquella Italia teatro de sus proezas. Á guisa de despedida manda degollar à todos los mercenarios italianos que se niegan à seguirle, se embarca con rumbo à África y entra en Cartago al cabo de treinta y seis años de au-

sencia, pues había salido de esta ciudad á los nueve años de edad.

16. Escipión el Africano; batalla de Zama (202). — Publio Escipión había visto perecer á su padre y á su tío en las guerras de España, y muy joven aún, queriendo vengarlos, había obtenido el consulado antes de la edad legal. Al frente de los ejércitos, se apoderó en España de la ciudad de Cartagena, y con su política conciliadora, supo atraer al partido ro-



Itinerario de Anibal

mano á todos los pueblos de la península. Después pidió que le permitieran llevar la guerra á África, y no tardó en encontrarse con Anibal en Zama (202), donde alcanzó la victoria.

17. Sumisión de Cartago. — Cartago debió implorar la paz, y los romanos impusieron las más duras condiciones : arruinaron totalmente à Cartago como potencia militar y maritima, obligándola á entregar sus bajeles, sus máquinas de guerra y sus elefantes. Los cartagineses renunciaban á Espana y no podian hacer ninguna guerra sin permiso de los romanos.

Sin embargo, Anibal supo animar á los cartagineses. Emprendió grandes reformas y trabajó con paciencia en la obra

de levantar á su patria. Pero los romanos pidieron que les fuese entregado Anibal, y éste huyó á Asia, donde no tardaron sus enemigos en perseguirle.

18. Guerras de Macedonia (200-142). — Los romanos hubieron de comprender que al cabo de aquella lucha glorio-samente sostenida contra una potencia tan temible como Cartago, seria imposible que les resistieran los Estados de Oriente; y con efecto, avanzan metòdicamente à su conquista después de la segunda guerra púnica. Á su imperio tan vasto ya, Roma estaba à punto de añadir la herencia de Alejandro.

El primero que cayó fué el reino de Macedonia. Filipo V, rey de este país, fué vencido en la batalla de **Cinoscéfalos**¹ por el consul *Flaminino* (197 ant. de J. C.).

Perseo, uno de los sucesores de Filipo, trató en váno de sustraerse al yugo, pues también salió vencido en Pidna (168), y la Macedonia quedó reducida á provincia romana en 142.

19. Guerra de Siria. — Antioco III, rey de Siria, amedrentado al ver á los romanos avanzando hacia Oriente, había acogido á Aníbal; mas creyéndose tan entendido como este gran general, se puso en persona á la cabeza de su ejército. Quiso combatir contra los romanos en Grecia, y lo que hizo fué mostrar allí la ostentación y la molicie de los soberanos de Asia. Los romanos acudieron á su vez para atacarle en Asia, y Escipión, llamado el Asúatico, hermano del Africano, triunfó de él facilmente en la batalla de Magnesia (190). Antioco perdió una parte del Asia.

Desde aquel día dominaron los remanos en el **Asía Menor**, donde tuvieron reyes por súbditos y donde destruyeron la *Galacia*, pequeño Estado fundado por los galos.

20. Muerte de Anibal (183). — Después de la derrota de Antioco, Anibal debió refugiarse en otra parfe y se trasladó à Bitinia, donde fué recibido en la corte del rey Prusias. Reclamaronle los romanos, y Prusias tuvo la cobardía de prometer que entregaria al hombre à quien habia llamado su huésped. Comprendiendo Anibal que no podría escaparse, tomó un veneno y dijo: « Libertemos à Roma de sus terrores. » Ese fué el fin del hombre que habia luchado con tanta perseverancia contra los romanos. Es verdad que habia cumplido al pie de la letra el juramento de Anibal niño.

21. Conquista de la Grecia (146). — La conquista de Macedonia por los romanos había aprovechado á la Grecia. Un momento los griegos se creyeron libres; pero muy luego hubieron de notar que los romanos eran sus amos.

Sin embargo, algunos hombres trataron de mantener la independencia griega, como Filopemenes, jefe de la liga aquea⁴ en el Peloponeso, á quien llamaron el último de los griegos. Las disensiones intestinas, siempre tan funestas en Grecia, apresuraron ahora su completa ruina. Filopemenes sucumbió en ellas (183), y después de su muerte ya no hubo hombres capaces de entorpecer los progresos de los romanos.

Sin embargo, los griegos quisieron combatir aún; pero fueron vencidos. La ciudad de **Gorinto**, postrer centro de la resistencia, fué tomada, saqueada é incendiada, y la **Grecia** quedo reducida á **provincia romana**.

22. Tercera guerra púnica (147); destrucción de Cartago (146). — El mismo año, Roma vencia también definitivamente à su antigua rival, Cartago. Gracias à la paz, Cartago habia recobrado alguna prosperidad que excitaba grandes envidias en Roma. Catón, enviado de embajador à Cartago, se quedó atónito al ver las riquezas de aquella ciudad que creia arruinada; y así fué que à su regreso, cuando entró en el senado, dejó caer de su toga unos higos que admiraron à todos y exclamó: « La tierra donde se dan esos higos no dista más que tres jornadas de Roma. » Y desde aquel dia terminó todos sus discursos con estas palabras: « Pienso que es necesaria la destrucción de Cartago. »

En 149, los romanos declaran injustamente la guerra á los cartagineses, y éstos, lejos de combatir, declaran que aceptan de antemano las condiciones que les impongan sus enemigos. Les piden sus armas, sus máquinas de guerra, y las entregan; sus bajeles, y los abandonan; hasta que por fin les exigen la misma ciudad de Cartago.

Entonces intentan un supremo esfuerzo. Es verdad que ya no tienen naves, pero con los maderos de las casas se harán una flota; tampoco tienen armas, pero no les falta hierro y las fabricarán. Las mujeres dan hasta su cabellera para hacer

^{1.} Cabezas de perros, nombre que se dió à este lugar por los muchos cerro que le erizaban.

^{1.} Esta liga fué formada por los aqueos, que querían desempeñar en el Peloponeso el papel principal.

cordajes de bajeles. Los cartagineses dispersan sucesivamente à varios ejércitos romanos.

Roma envia entonces al joven Escipión Emiliano, que restablece la disciplina, conduce con vigor las hostilidades, bloquea estrechamente el puerto de Cartago y acaba por penetrar à viva fuerza en la plaza. Cuarenta mil cartagineses se rinden à discreción con Asdrúbal que había dirigido la defensa. La mujer de Asdrubal se muestra más animosa : tomando á sus hijos y arrastrando con su ejemplo á los que no querían sobrevivir à Cartago, se precipita con ellos en medio de las llamas que devoraban la ciudad.

La destrucción de Cartago fué completa y los romanos condenaron á eterna soledad el lugar que había ocupado (146).

El norte de África formó una provincia romana.

23. Conquista de España: toma de Numancia (133). — A pesar de tantas guerras, no cesaba Roma de extender sus conquistas. Queria someter completamente à la España, y sostuvo en ese pais montuoso, tan favorable para los guerrilleros, una lucha de sesenta y cuatro años. El pastor Viriato cobrotal fama y tanto poder que trataba como rey con Roma. Sin embargo, sucumbió; pero la resistencia se concentró en la población de Numancia.

Pobre aldea edificada sobre un peñón cerca del Duero, Numancia no cedia ante los ejércitos romanos. Preciso fué enviar contra ella al vencedor de Cartago, Escipión Emiliano, que la bloqueó y redujo á los moradores á las penalidades del hambre. Sin embargo, los numantinos no quisieron rendirse y se mataron entre si por el hierro, el veneno, y el incendio que por todas partes propagaron. No hubo un solo numantino que pudieran llevarse cargado de cadenas los romanos (133).

España fué romana.

24. Los romanos en la Galia. — À fin de asegurar las comunicaciones entre Italia y España, los romanos pensaron seriamente en establecerse en la Galia, à donde les llamaban

los griegos de Marsella.

En el año 125 antes de J. C. comenzaron su establecimiento en el valle del Ródano y fundaron las dos ciudades de Aix (122) y de Narbona (118), constituyendo así en el mediodía de la Galia una provincia romana, cuyo recuerdo subsiste en la palabra Provenza.

25. Imperio de Roma en 133. — Roma poseia, pues, en 155, además de la Italia y la Sicilia, el norte de Africa, esto es, el Occidente; así como la Macedonia, la Grecia, el Asia Menor, ò sea una parte del Oriente. Era va la primera potencia del mundo antiguo.

Resumen. — 1-6. Roma, dueña de Italia, empeña contra la república

mercante de Cartago una lucha que dura de 264 à 146.

La primera querra púnica (264-241) tiene por teatro la Sicilia y el Mediterráneo. Roma arma escuadras y desembarca un ejercito en Africa; pero gracias al general griego Xantipo los cartagineses vencen à Régulo (256). Sin embargo, los romanos recobran ventaja, y la victoria de las islas Egatas obliga á Cartago á ceder la Sicilia (241).

7-12. Al cabo de un intervalo de veinte y dos años, comienza la se-

quada guerra, provocada por Anfbal (219-202).

El osado capitán, dueño de España (219), pasa los Pirineos, atraviesa la Galia, franquea los Alpes y derrota sucesivamente à los romanos en el Tesino (218), en el Trebia (218), en el lago Trasimeno (217) y en la sangrienta batalla de Cannas (216).

15-17. Roma resiste á todos estos descalabros. Los romanos recobran la Sicilia (212), y luego, sin hacer caso de Anibal, se trasladan à África. Cartago, ante la amenaza de Escipión, llama á Anibal que sufre una de-

rrota en Zama (202).

18-21. Vencidos los cartagineses, los romanos podían emprender la conquista del mundo. Macedonia fué sometida de 197 à 142. Antioco III, rey de Siria, perdió la mayor parte del Asia (190). Grecia sucumbió después de la toma de Corinto (146).

22-25. La tercera guerra púnica consumó la ruina de Cartago, ciudad que fué tomada y destruída por Escipión Emiliano (146). El mismo general termino la guerra de España con la toma de Numancia (133).

Ejercicios. — Se compara Roma con Cartago. — Historia de Anibal. - ¿ Qué países sometieron los romanos además de Cartago?

de por guerras púnicas ? — ¿ Cuál era el trucción de Cartago ? — ¿ Cómo sucum-gobierno de Cartago ? — ¿ En dónde tu-bió Grecia ? vo efecto la primera guerra púnica y qué personaje romano se honró en ella

por su patriotismo? 7-42. ¿ Quién provoco la segunda gue rra? — Se refieren las victorias de Ani-

13-17. ¿Cómo recobraron la ventaja los romanos? — ¿ Cual fué la gran ba-talla que terminó la guerra? — ¿ En donde y cómo murió Anibal?

Guestionario. — 1-6. ¿ Qué se entien- | 18-21. ¿ Cuándo tuvo efecto la des-

22-25. ¿ Qué población resistió à los romanos en España? — ¿ Guáles son los personajes que se ilustraron con el nombre de Escipión? — ¿En dónde hicieron los romanos sus primeros establecimientos de la Galia? - ¿Qué comprendia el imperio de Roma en 135?

CAPÍTULO XVII

GUERRAS CIVILES - MARIO Y SILA

1. La corrupción romana. — No podía una ciudad convertirse así en centro del mundo y adquirir las riquezas del universo sin que no se cambiaran profundamente sus leyes y sobre todo sus costumbres. La corrupción invadió aquella ciudad antes tan austera, tan orgullosa porque era pobre.

2. Catón el Censor. — En vano algunos hombres trataron de contener á la república en la pendiente donde la veian lanzada. Catón era uno de aquellos hombres á la antigua usanza, rudo en sus maneras y en su lenguaje, desinteresado, grave, enérgico, que no cesaba de clamar contra el lujo y la introducción de costumbres extranjeras.

Siendo consul, lucho con aspera elocuencia para impedir que se abrogara la ley *Opia*, hecha con el objeto de limitar el lujo de las mujeres; y sin rebozo, empleó expresiones ofensivas contra las damas romanas que se atrevian á solicitar en las calles la abrogación de las leyes, y que comparaba él brutalmente con un « rebaño indómito. »

Censor en 186, desplegó una severidad que le hizo tipo del magistrado inflexible. Excluyó del senado á los miembros que le parecian indignos, declaró cruda guerra á todos los abusos, y un instante se pudo creer que restablecería las antiguas costumbres. La vejez, que calma á las naturalezas más robustas, no parecia influir en la suya, pues á los setenta y seis años, pleiteaba, escribia sus alegatos, y á los noventa citaba todavia á un personaje ante el pueblo.

3. Los Gracos. — La corrupción de Roma, que no se podía corregir, ofrecia graves consecuencias políticas. Ya no había en Roma más que dos clases de hombres, los que poseian grandes riquezas y multitudes de esclavos, y los que no poseian nada. La clase media de los pequeños propietarios había desaparecido.

Los dos hermanos *Tiberio* y *Cayo Graco* se propusieron regenerar á Roma por medio del trabajo.

4. Cornelia. — Tiberio y Cayo Graco eran nietos de Escipión el Africano por su madre *Cornelia* que los educó con esmero habiéndoles dado los mejores maestros de Grecia. Mostrábase muy orgullosa con las felices disposiciones de sus hijos.

Un día que visitaba á una dama romana, ésta le enseñó sus joyas, y cuando la dama pagó la visita, pidió á Cornelia que le presentara lo que en su casa consideraba más precioso. Cornelia llamó á sus dos hijos y los presento diciendo: « Estas son mis alhajas ».

5. Las leyes agrarias. — Tiberio, nombrado tribuno del pueblo en 152, propuso repartir entre los pobres de Roma las tierras del dominio público que los ricos no cesaban de usurpar y de explotar en provecho propio. Fué la ley agraria.

Los ricos se opusieron à la adopción de esta ley y compraron à uno de los colegas de Tiberio que opuso su veto, por lo cual hizo Tiberio que fuese destituido su colega. Con esto violaba él mismo el carácter sagrado reconocido à los tribunos, y así sucedió que en la lucha que se empeñó à mano armada en el Foro, no le respetaron y quedó muerto (153).

Diez años después, su hermano Cayo, queriendo continuar sus planes, hizo adoptar otra ley agraria y el establecimiento de numerosas colonias entre las cuales repartirían los pobres. Mandó igualmente que se hicieran distribuciones de trigo al pueblo y comenzó grandes obras públicas. Dos años seguidos ejerció el tribunado; pero los ricos buscaron modos de desacreditarlo. Hubo lucha, y el Foro fué de nuevo campo de batalla. Cayo pereció (121); le cortaron la cabeza, y como habían prometido que darian su peso de oro al que la presentara, un hombre avariento vació el cerebro y en el hueco echó plomo fundido para obtener más dinero.

6. Guerras civiles. — Aquella lucha en la que perecieron los Gracos, no fué más que un preludio de las guerras civiles.

Tres veces consecutivas se elevan hombres ambiciosos gracias á sus servicios militares; ganan á los soldados y, dueños de numerosos ejércitos, se disputan el poder: primero Mario y Sila, luego Pompeyo y Gésar, y, finalmente, Antonio y Octavio.

7. Mario. — Mario era un rudo ciudadano de Arpino, un

^{1.} De la palabra latina ager, que quiere decir campo, tierra.

soldado que brilló por su denuedo. Tosco, inculto, no pareció que debia aspirar á los altos cargos de la república, pero la guerra de Yugurta le puso muy luego en primera fila.

8. Guerra contra Yugurta. — Roma poseia el norte de África, pero había dejado en pie el reino de *Numidia*¹.

Yugurta, sobrino del rey Micipsa, y que había recibido una parte de su herencia, mató à sus primos para tenerla toda, por lo que intervinieron los romanos y citaron à Yugurta ante el pueblo. El rey númida, que conocia lo que era Roma, se presentó y sobornó a un tribuno. El dia del proceso este tribuno le prohibió hablar. Yugurta pudo salir de la ciudad impunemente y dijo cuando salía : « Esa ciudad se vende, no falta más que un comprador. »

Yugurta aprovechó la codicia de los generales romanos, su inexperiencia y la indisciplina de sus tropas. Entonces mandaron à Africa al probo *Metelo* que se llevó de teniente à *Mario*. Mario se da movimiento, lisonjea al soldado y aspira al cargo de cónsul, que obtiene en Roma atacando con virulencia la conducta de los nobles, haciéndoles responsables de las lentitudes de la guerra. Se constituye en defensor de los pobres y habla como los Gracos. Nombrado cónsul, acude à reemplazar à Metelo, su antiguo protector, en el mando de la guerra contra Yugurta (408).

Acogido con entusiasmo por los soldados, activa las operaciones, obliga à Yugurta à buir de Numidia; luego hace que se le entreguen (106) y le envia à Roma, donde le dejan morir de hambre en su encierro.

9. Guerra de los cimbrios y de los teutones. — Un peligro mucho más grave amenazaba por aquellos dias á la república. Una horda de bárbaros procedentes de la Germania, los cimbrios y los teutones, se habia lanzado sobre la Galia, devastando la provincia que los romanos poseian en este país, y derrotando a seis ejercitos de Roma (110-105). Se creía que iba á correrse á Italia, cuando tomó el camiro de España, y esto dió tiempo á Roma, que ya estaba temblando, para llamar á Mario de África.

Mario reanimó la energía de las tropas, las sobrecargó de trabajo y las estableció en un campamento bien fortificado cerca de Aix. Guando los bárbaros regresaron de España, les dejó desfilar durante seis dias sin permitir á sus soldados que los atacaran. Los teutones estaban solos, porque los cimbrios habían tomado otra dirección; pero no obstante, formaban una masa considerable y se burlaban de los romanos. Mario no entendia por cierto que se

escaparan; aprovecha una ocasión favorable y da la gran batalla de Aix (102).

Fué tan enorme la matanza de bárbaros, que la tierra de la llanura abonada por tantos cadáveres vino á ser de una fertilidad prodigiosa y los marselleses cercaron sus viñas con los huesos que recogieron en el campo.

Mario se apresuró à trasladarse à Italia, y no tardaron en llegar los cimbrios, que ignorando el desastre de los teutones, envian diputados à Mario pidiendo tierras para ellos y para sus hermanos. « No os ocupéis de vuestros hermanos, contestó el cónsul, porque están ya en la tierra que les hemos dado y alli se estarán siempre. » Los cimbrios amenazaron à Mario con el castigo de sus burlas, mientras llegaban sus hermanos, que le castigarian mas aún, y entonces dijo Mario : « Pues han llegado ya, y no pareceria bien que os marcharais sin saludarles. » Presentáronles los jefes de los teutones cargados de cadenas, y entonces los cimbrios encolerizados, quisieron batirse y fueron vencidos en el llano de Verceli (101). Hubo que vencer también à sus mujeres que los volvian à llevar al combate y se defendian desesperadamente detrás de sus carros.

10. Poderío de Mario. — Mario, vencedor de Yugurta, de los teutones y de los cimbrios, recibió pomposos honores. Seis veces seguidas (lo que no se había visto nunca) le confirmaron en el consulado. Primer personaje de la república, concibió entonces el plan de hacerse soberano; mando dar tierras à sus soldados que había enriquecido ya y que le eran adictos; pero no tardó en tropezar con un rival, Sila.

11. Sita. — Era un patricio que había servido con Mario en la guerra contra Yugurta, en la que había sabido distinguirse por su habilidad. Cuando se vió amenazada Roma por una grave rebelión de los pueblos italianos (lo que se llamó querra social ó de los aliados), Mario no estuvo enérgico en la represión, porque había sido antes amigo de los italianos; y en vista de esto, dieron el mando à Sila, quien terminó rápidamente aquella peligrosa guerra, y así también pudo adquirirse un ejercito.

Desde aquel día la gloria del patricio Sila-eclipsó la del plebeyo Mario. Llegó otra ocasión de dar el mando de la guerra, esta vez contra *Mitridates*, rey de Asia, y Mario disputó el favor al afortunado Sila y hasta le obligó á huir de Roma; pero Sila corrió á sus legiones, y entonces comenzaron las guerras civiles y las proscripciones (88).

^{1.} Correspondía à una parte de Túnez y de la Argelia de hoy. Su capital era Cirta (Constantina).

12. Fuga de Mario. — Sila vencedor y dueño de Roma, puso precio à la cabeza de su rival. Mario tuvo que huir y se escondió en los pantanos de Minturno, donde le descubrieron entre los juncos y cubierto de lodo. Los magistrados de Minturno resolvieron obedecer la orden en la que se mandaba le dieran muerte; pero nadie quería encargarse de la ejecución. Por fin enviaron à un extranjero, un cimbrio, al calabozo, y Mario cuando le vió con espada en mano, le lanzó una mirada terrible y le dijo : « ¡Te atreverás, miserable, à dar muerte à Cayo Mario? » El asesimo, al oir este nombre, retrocede con pavor y huye gritando : « No, no puedo dar muerte à Mario. » Todos los habitantes de Minturno se conmovieron y facilitaron la fuga del preso, que pudo trasladarse à África.

El gobernador de la provincia le negó la residencia y le mandó á decir que volviera á embarcarse. Mario no respondió nada al lictor que le notificó esta orden, y apremiado para que contestara, exclamó : « Dirás al que te envia que has visto á Mario fugitivo sentado en las ruinas de Cartago. » Comparaba así su desgracia con la de aquella ciudad famosa

13. Las proscripciones. — Muy luego, sin embargo, sus partidarios levantaron la cabeza en Roma, porque Sila había pasado á África para guerrear contra Mitridates. Regresó Mario y se vengó cruelmente de sus enemigos. Sus satélites degollaban sin piedad á los que él les designaba. Dicese que tenian orden de matar en el acto á todos aquellos á quienes Mario no devolvía el saludo. Gracias al terror, obtuvo un sétimo consulado, pero murió el mismo año, habiendo apresurado su fin con sus desórdenes (86).

14. Proscripciones y dictadura de Sila (83-78). — No obstante la muerte de Mario, su partido dominó tres años más practicando el terror.

Pero Sila volvió de Oriente en 85, después de haber reprimido las rebeliones de Grecia y habiendo vencido y arruinado al rey *Mitridates*, que fué un momento dueno del Asia¹.

No tardaron sus legiones en asegurarle la victoria en Roma, y Sila vengó con crueles represalias á sus partidarios victimas de Mario.

Espantosas fueron las proscripciones. Como se daban á los asesinos los bienes de los proscriptos, sucedía que degolla-

Siendo dictador, hizo Sila numerosos cambios en la constitución de Roma en favor de los **nobles**, á quienes queria devolver su antiguo poderío.

Durante tres años ejerció el supremo poder, y luego quiso sorprender al mundo abdicando (79), volvió á la categoria de simple ciudadano; pero sólo el terror que inspiraba le habría protegido contra toda venganza, si Roma y la Italia entera no hubiesen estado llenas de veteranos suyos magnificamente recompensados.

No obstante los torrentes de sangre que había vertido, Sila falleció de muerte natural en su casa de Cumas (78); pero fueron horribles sus últimos días, porque sucumbió á una terrible enfermedad debida á sus desórdenes : sus carnes descompuestas se le cayeron á trozos.

15. Dominación del partido aristocrático. — Sobrevivieron las leyes de Sila, y los nobles y el senado mantuvieron al pueblo bajo su dependencia.

Sertorio que trataba de reconstituir en España el partido de Mario, fué vencido y muerto; los esclavos, los gladiadores, mandados por Espartaco, se rebelaron y estuvieron á punto de apoderarse de Italia; pero fueron exterminados.

Estos mismos peligros y las grandes guerras que la república debía sostener aún en países lejanos, hicieron desear un hombre capaz de dominarlo todo. Después de Mario y después de Sila, Roma quería otros amos.

Resumen. —1-5. No impunemente Roma sometió al mundo; su pueblo se aniquilaba; la clase media desaparecia; las antiguas costumbres caian en desuso, á pesar de los esfuerzos de *Catón el Censor*.

Dos hermanos, *Tiberio* y *Cayo Graco*, sucesivamente *tribunos del pueblo*, intentan reconstituir por medio de una revolución pacifica la clase media, las pequeñas propiedades; pero sucumben por la hostilidad de los ricos en 135 y en 121.

6-10. No tardan en comenzar las guerras civiles. Mario, que se distingue en la guerra contra Yugurta (106) y en la guerra contra los cimbrios y los teutones (102-101), obtiene seis consulados seguidos y quiere conservar el poder apoyándose en el partido popular.

ban por saquear. Decian pues : « La hermosa casa que este tenía, ha sido su pérdida; el otro ha perecido por sus magnificos jardines. » Roma y la Italia se inundaron de sangre : fué una de las épocas más tristes de la historia de la humanidad.

^{1.} Véase más adelante, cap. xvm, pág. 157.